

y aun á Víctor Manuel, y él mismo pedía la destitución del gran ministro sardo. Para desbaratar sus planes, este último había hecho convocar el parlamento, que se reunió en Turín, el dos de Octubre, y cuyo primer acto fué autorizar al rey á anexionarse las provincias pontificias recientemente ocupadas y el territorio de las Dos Sicilias. Ocurría, en fin, que Garibaldi tampoco podía tenerse por seguro: atacado por las tropas de Francisco II, que habían tomado la ofensiva, acababa de sufrir en el Vulturno sangrientos fracasos, y la semi-victoria que alcanzara el primero de Octubre delante de Cápua, debiéndola al concurso de los *bersaglieros*, que habían acudido de Nápoles para apoyarle. Por todas estas razones, Cavour no vaciló en ordenar á Cialdini pasar la frontera. El nueve de Octubre, el ejército piemontés invadía las provincias napolitanas, y el ministro sardo se justificaba de este acto, en circular dirigida á Europa, con el singular argumento de que el rey de Nápoles, al dejar su capital, se entendía que había renunciado la corona, añadiendo que era necesario preservar á Italia de la anarquía. Al pueblo italiano le hablaba otro lenguaje: decíale que Víctor Manuel no podía negarse al voto popular, que le llamaba de todas partes. Este soberano iba ya camino de las Dos Sicilias, cuyo reino, así como las Marcas, se le entregó el veintiuno de Octubre, por plebiscito solemne. Unos días después, se le incorporaba Garibaldi, que con caballerosa lealtad le cedió el puesto; el siete de Noviembre, entraba en Nápoles, llevando á su lado al héroe revolucionario, y enseguida, partió para Palermo. Garibaldi, obligado á detenerse en su impetuosa carrera, rehusó los títulos, honores y fortuna que le ofreciera el rey y se retiró á la pequeña isla de Caprera, entre Córcega y Cerdeña, entreteniéndose en cultivar unas hectáreas de tierra sobre una roca, mientras llegaba la ocasión de ir á libertar á Roma y Venecia. Durante este tiempo, Francisco II, habiendo sido desalojado del Vulturno por el ejército piemontés, fué á encerrarse en Gaëta, única plaza que le quedaba, desde donde trató de interesar en su suerte á Europa con protestas tan ineficaces como violentas.

Ni Napoleón podía quejarse de que Cavour no hubiese atendido su recomendación de «obrar deprisa», ni el ministro dejar de sentirse satisfecho por lo bien que le había salido la empresa. ¿Se la respetarían las potencias? He aquí la duda que ahora le atormentaba. Se la respetaron. El gobierno francés, si por el bien parecer retiró de Turín á su plenipotenciario, dejó en su lugar á un encargado de negocios, dando á entender con ello que no quería romper. El gabinete de Berlín no llegó á llamar á su representante; protestó por mera fórmula, y no se ofendió cuando el ministro sardo contestó á la nota de Schleinitz: «Me consuelo pensando que, en esta ocasión, doy un ejemplo que probablemente algún día Prusia imitará con gusto». El gobierno austriaco habría atacado con gusto á Víctor Manuel si hubiese contado con el beneplácito de Rusia; pero el Czar, aún desaprobando el despojo del rey de Nápoles, no estaba dispuesto á guardarle benévola neutralidad sino en el caso de tomar la ofensiva Víctor Manuel y de acuerdo con el Em-

perador de los franceses, y como éste le manifestara que no ayudaría á Cerdeña en guerra ofensiva contra Austria y que se limitaría á garantizarle el beneficio del tratado de Villafraña, Alejandro II, en la entrevista que tuvo en Varsovia con Francisco José del veintidós al veintiséis de Octubre, disuadió á éste de tomar las armas. En cuanto á Inglaterra, Russell se declaró á favor de los pueblos que acababan de entregarse á Víctor Manuel, sosteniendo ante Europa la tesis de que las naciones tienen el derecho de cambiar de gobierno cuando les plazca. No dejó de escandalizar á las cortes continentales doctrina tan democrática, diciendo de ella el regente de Prusia que era «fragmento duro de digerir»; pero se comprendió que esta profesión de fe iba dirigida especialmente contra Napoleón III, apóstol de la soberanía nacional y del sufragio universal, á quien Russell se daba el maligno placer de combatir con sus propias armas. Porque el Emperador de los franceses mostraba aún cierta solicitud por el rey de Nápoles, en consideración al Papa, que se había erigido en defensor de éste, y con la mala intención de perturbar la tranquilidad de Víctor Manuel asegurando á aquel príncipe la libertad personal: una escuadra francesa se paseaba por Gaëta, impidiendo á la sarda bloquear esta plaza por mar. En nombre del principio de no intervención, Inglaterra reclamó de Napoleón III que mandase retirar la flota, á lo que éste accedió, no conviniéndole por cosa de tan poca monta exponerse á romper con aquella potencia. Desde entonces, no hubo ya salvación para la plaza de Gaëta, que capituló el trece de Febrero de mil ochocientos sesenta y uno, retirándose Francisco II á Roma, donde Pío IX devolvió al hijo de Fernando II la hospitalidad que él recibiera del padre en mil ochocientos cuarenta y ocho.

Contrastando con este real infortunio, Europa contemplaba admirada la inaudita prosperidad de la casa de Saboya. Todas las provincias anexionadas al Piemonte fueron invitadas á elegir sus diputados; las elecciones se efectuaron en Enero de mil ochocientos sesenta y uno, y el diez y ocho de Febrero se reunía en Turín el primer parlamento italiano, que poco después proclamaba á Víctor Manuel rey de Italia. La política de Cavour había dado sus frutos: la unidad política de la Península era un hecho consumado. Faltaban todavía á la patria reconstituida Venecia y Roma; pero el gran ministro estaba seguro de que sin guerra, por la fuerza de las cosas, estas ciudades se anexionarían en un porvenir próximo, y en esta convicción, el veintisiete de Marzo hizo proclamar en principio á la Cámara de diputados, «que Roma era la capital de Italia».

A la adquisición de esta ciudad dirigió primeramente todos sus esfuerzos. Partidario de la Iglesia libre en el Estado libre, no desesperaba el ministro sardo de persuadir al Papa á resignar de buen grado la parte de poder temporal que le quedaba. Tenía en Roma abogados fieles, el abate Stellardi, el doctor Pantaleoni, el padre Passaglia, para expresar en su nombre al Soberano Pontífice que el sacrificio de un estrecho y embarazoso principado le sería ampliamente compensado con las solemnes garantías de que